

No hay educación sin valores, pero los valores éticos no se corresponden con los morales. La moral es un marco normativo propio de una cultura en un momento determinado de su historia; la ética, en cambio, es una relación de respuesta a la presencia del otro. Hay ética porque tenemos que responder y no sabemos cómo. La ética siempre es una ruptura de la moral, por eso no hay competencias éticas que se puedan educar.

¿Es posible la educación en valores?

A menudo uno tiene la sensación de que la educación en valores es algo que se considera añadido a la misma acción educativa. Muchas veces nos encontramos con libros o artículos titulados: «¿Es posible la educación en valores?». A continuación, de forma muy breve y esquemática, querría reflexionar sobre esta cuestión. Se trata de pensar sobre si existe un tiempo y un espacio propio para la educación en valores y, más concretamente, para la educación en valores «éticos».

Para empezar, diría que la pregunta anterior no tiene demasiado sentido. De hecho, el interrogante debería ser otro: «¿es posible imaginar una relación educativa en la que *no* entren en juego valores?».

Para ser capaces de responder a estas cuestiones, debemos intentar definir *grosso modo* qué significa «valor». Para decirlo de forma breve y, si es posible, clara, el valor, todo valor, implica un punto de vista, una perspectiva, una situación desde la que un individuo emite un juicio que no tiene la intención de ser meramente descriptivo o analítico.

Es evidente que los seres humanos siempre somos desde un determinado contexto y, por lo tanto, nunca podemos ser absolutamente neutrales u objetivos. En todo momento nos hallamos en una situación histórica, en una cultura, en una tradición. La condición humana implica una condición situacional o adverbial. Todo conocimiento y toda acción que puedan ser calificados de «humanos» parten de prejuicios que no se pueden eludir. Imaginar que alguien puede liberarse totalmente de sus prejuicios sería te-

ner en mente una imagen de alguien no humano, más cercano a una especie de dios o de ángel.

Dentro de estos prejuicios hallamos «valores», esto es, perspectivas o puntos de vista en función de los que apreciamos o despreciamos objetos, personas, situaciones, ideas, teorías... Todo ser humano, desde su nacimiento, entra a formar parte de una cultura o, para decirlo con más precisión, de un universo simbólico. Éste contiene lo que podríamos llamar unos *marcos normativos*, esto es, un conjunto de normas, de hábitos de conducta, de rituales y, claro está, de valores. De valores de diversos tipos: económicos, políticos, jurídicos, religiosos, morales... Algunos de ellos están escritos y son, por lo tanto, perfectamente explícitos. Otros, en cambio, son leyes no escritas, como advierte Antígona en la obra homónima de Sófocles. Los valores morales suelen formar parte de estas últimas.

En algunas culturas, estos valores morales, aunque no estén escritos, sí que los encontramos claramente tipificados, hasta el punto de ser asumidos por la mayoría de los ciudadanos y, en consecuencia, son transmitidos de generación en generación sin demasiados obstáculos. Son los valores de las culturas «tradicionales». En otras culturas, las que podríamos denominar *grosso modo* «postmodernas», los valores morales se han vuelto problemáticos. Lo que ha ocurrido no es, como suele decirse, que hayan desaparecido, sino que se han multiplicado, de manera que cada ciudadano se encuentra con un exceso de ellos, en algunos casos incluso con la necesidad de optar entre valores morales contradictorios. Esto provoca, sin duda alguna, una profunda desorientación y, en algunos, incluso un importante malestar.

La moral dialógica y sus límites

Algunos piensan que lo que se debería intentar es recuperar unos valores morales mínimos compartidos por todos (en filosofía son bien conocidas las propuestas de John Rawls y de Jürgen Habermas). Para

Es evidente que los seres humanos siempre somos desde un determinado contexto y, por lo tanto, nunca podemos ser absolutamente neutrales u objetivos

ello sería necesario el diálogo. Visto así, en general, esta opción parece razonable. ¿Quién en su sano juicio, en una sociedad democrática, puede estar en contra del diálogo?

Sin embargo, en la vida cotidiana, me parece que propuestas como las que llevan a cabo los autores que acabo de mencionar no dejan de ser una declaración de buenas intenciones. Los problemas con los que los filósofos del diálogo o del consenso se encuentran son graves y de difícil solución. Veamos, sólo a título de ejemplo, algunos de ellos.

Si de lo que se trata es de consensuar determinados valores morales para proceder a su educación, deberíamos, en primer lugar, preguntar quiénes van a ser los convocados a la «mesa del diálogo» para dirimir cuáles son estos «valores mínimos» que deben ser asumidos por todos los miembros de la sociedad. Es obvio suponer que tales personas deban poseer unas capacidades comunicativas (lingüísticas) sin las que resultaría imposible dialogar. Supongamos que esto sea así y que sea posible encontrar a estas personas, lo que no deja de ser suponer ya mucho. Otra vez aparecen nuevas dudas: ¿cómo saber si estas personas,

Es evidente que los seres humanos siempre somos desde un determinado contexto y, por lo tanto, nunca podemos ser absolutamente neutrales u objetivos

los dialogantes, no adquieren ventaja en sus opciones por sus capacidades retóricas, en lugar de por sus verdaderas razones? En otras palabras, ¿cómo salvar el escollo sofístico que ya se plantea, por ejemplo, en los diálogos platónicos? Pero, además, hay otras cuestiones, si cabe, todavía más problemáticas. Por ejemplo, ¿qué ocurre con todas aquellas personas que no poseen una competencia comunicativa o lingüística? ¿Cómo pueden hacer oír su voz? ¿Quién las representa? Sin duda alguien tiene que hablar por ellas, alguien tiene que hablar en su nombre. Pero ¿no resulta esto siempre enormemente peligroso? ¿Quién puede estar capacitado para hablar en nombre de otro que, además, por lo que acabamos de decir, no puede hablar? Admitamos incluso que esto sea posible, de nuevo se nos plantea una difícil cuestión: ¿cómo educar estos valores? ¿Cómo transmitirlos? Sólo es posible ser capaz de transmitir algo que uno posee. Esto parece evidente. Nadie puede dar a otro lo que no tiene. Entonces sólo es posible educar en los valores (morales) que uno ya ha adquirido. Pero en tal caso el educador se convierte necesariamente en ejemplo moral para sus alumnos, en un referente. El educador deviene, entonces, en modelo a imitar. Ahora bien, en una relación educativa así, ¿no acaba el educador convirtiéndose en una especie de guía? En esta situación, ¿qué diferencia habría entre *educar* y *adoctrinar*? La diferencia entre ambos es fundamental, porque, si no la hubiera, no podríamos establecer distinción alguna entre la transmisión pedagógica en una sociedad democrática y la transmisión pedagógica en una sociedad totalitaria. Además, ¿cómo saber si en cada caso uno está *aplicando*, transmitiendo los valores morales concretos que antes se han pactado en la mesa del diálogo?

los dialogantes, no adquieren ventaja en sus opciones por sus capacidades retóricas, en lugar de por sus verdaderas razones? En otras palabras, ¿cómo salvar el escollo sofístico que ya se plantea, por ejemplo, en los diálogos platónicos? Pero, además, hay otras cuestiones, si cabe, todavía más problemáticas. Por ejemplo, ¿qué ocurre con todas aquellas personas que no poseen una competencia comunicativa o lingüística? ¿Cómo pueden hacer oír su voz? ¿Quién las representa? Sin duda alguien tiene que hablar por ellas, alguien tiene que hablar en su nombre. Pero ¿no resulta esto siempre enormemente peligroso? ¿Quién puede estar capacitado para hablar en nombre de otro que, además, por lo que acabamos de decir, no puede hablar? Admitamos incluso que esto sea posible, de nuevo se nos plantea una difícil cuestión: ¿cómo educar estos valores? ¿Cómo transmitirlos? Sólo es posible ser capaz de transmitir algo que uno posee. Esto parece evidente. Nadie puede dar a otro lo que no tiene. Entonces sólo es posible educar en los valores (morales) que uno ya ha adquirido. Pero en tal caso el educador se convierte necesariamente en ejemplo moral para sus alumnos, en un referente. El educador deviene, entonces, en modelo a imitar. Ahora bien, en una relación educativa así, ¿no acaba el educador convirtiéndose en una especie de guía? En esta situación, ¿qué diferencia habría entre *educar* y *adoctrinar*? La diferencia entre ambos es fundamental, porque, si no la hubiera, no podríamos establecer distinción alguna entre la transmisión pedagógica en una sociedad democrática y la transmisión pedagógica en una sociedad totalitaria. Además, ¿cómo saber si en cada caso uno está *aplicando*, transmitiendo los valores morales concretos que antes se han pactado en la mesa del diálogo?

La ética no existe porque sepamos cómo hay que resolver una situación o un dilema moral, sino precisamente porque no lo sabemos



Supongamos se llega al consenso de que la tolerancia es un valor democrático, un valor que toda sociedad democrática debería aceptar en su *minima moralia*. ¿Acaso no deberíamos preguntarnos qué significa ser tolerante? Advuértase que la cuestión pedagógica relevante no es: ¿qué significa ser tolerante teóricamente?, sino ¿qué significa ser tolerante en esta situación? En otras palabras, ¿cómo se concreta la tolerancia? ¿Será capaz el educador, que a su vez –recordémoslo– tiene que ser un modelo de tolerancia, de evaluar si sus discípulos son tolerantes en esta situación determinada? Si es capaz de hacerlo, de evaluarlos, es que tiene un criterio de lo que es «actuar con tolerancia». ¿Cómo saber qué criterio es éste? ¿Acaso hay criterios válidos más allá de cada *hic et nunc*, criterios absolutos y universales, que permiten dirimir cuándo se está actuando de forma moralmente correcta y cuándo no?

Me parece que las filosofías del diálogo parten de una posición antropológicamente incorrecta o, cuanto menos, problemática. No es posible para el ser humano liberarse de su situación espacio-temporal. Esto es lo que en otros lugares he llamado *finitud*. Desde mi punto de vista, somos finitos porque somos siempre en un contexto, en una situación, en una relación. Por tanto, aunque podamos llegar a un acuerdo moral mínimo, aunque seamos capaces de hablar en nombre de los que no puedan hablar, aunque descubramos maneras de transmitir y de evaluar los valores que previamente se han consensuado, nunca podremos eludir la finitud. Esto no significa más que lo siguiente: tanto en el momento del diálogo, del consenso, como en el momento de la transmisión, en todo momento, cada ser humano necesita resituarse, reubicarse, de forma que es totalmente imposible, salvo si se niega la finitud, establecer unos parámetros de lo que es éticamente valioso en una situación y relación humana.

A esta imposibilidad de concreción de esos valores morales es a lo que llamo *ética*. Las

Existen valores morales que deberían ser transmitidos, pero lo que el educador debe tener siempre presente es que lo moral y lo ético no sólo no coinciden, sino que sería muy peligroso que coincidieran

llamadas *éticas dialógicas* no son, por tanto, propiamente *éticas*, sino *morales*. En otras palabras, no establecen diferencia entre lo moral y lo ético, o al menos no lo hacen al mismo nivel en el que se está haciendo aquí. Veamos a

continuación algo más en detalle qué entiendo por *ética*.

La distinción entre lo moral y lo ético

Siguiendo las importantes intuiciones de algunos filósofos contemporáneos (pienso, por ejemplo, en el filósofo judío-lituano Emmanuel Levinas), entiendo la ética como una relación con el otro. En primer lugar, pues, deberíamos centrar la cuestión justamente aquí: hay ética porque hay relación de alteridad. Ahora bien, y esto es decisivo, lo que caracteriza a esta relación es que la presencia (a veces en forma de ausencia) del otro me desafía, me pone en cuestión, me descentra, me apela, antes de que toda normatividad moral y/o legal entre en acción. La ética sería un punto ciego de moral, una situación en la que no sabemos cómo responder moralmente, o cuál es la forma adecuada de respuesta moral. Así pues, la ética no existe porque sepamos cómo hay que resolver una situación o un dilema moral, sino precisamente porque no lo sabemos. De ahí que no tenga ningún sentido hablar de competencias éticas. La ética no puede ser nunca una competencia. Es más, si hubiera competencias éticas, éstas anularían la misma posibilidad de relación ética. Digámoslo de otra forma: la ética existe, la ética es posible, por la perplejidad, por la ambivalencia, por la ambigüedad. Nunca sabremos si hemos actuado correctamente (desde un punto de vista ético) porque lo único que sabemos es precisamente que no sabemos qué es actuar éticamente bien.

Con esto no se está negando el hecho de que existan y sean ineludibles (y necesarios, tal vez) los marcos morales normativos. Tanto



desde el punto de vista de una sociedad tradicional como de una sociedad democrática, existen valores morales que deberían ser transmitidos (aunque con todas las dificultades antes expuestas). Pero lo que el educador debe tener siempre presente es que lo moral y lo ético no sólo no coinciden, sino que sería muy peligroso que coincidieran. Si ello sucediese, la finitud humana quedaría disuelta, porque nos hallaríamos en un final de trayecto, esto es, el deseo y lo utópico dejarían de ser efectivos, la ambigüedad quedaría superada, la contingencia resuelta... En una palabra: habríamos llegado a un universo reconciliado, habríamos cruzado el umbral del Paraíso. Pero, en tal caso, lo humano desaparecería, porque conviene tener en cuenta que siempre que irrumpe lo hu-

mano surge también lo inhumano (o, al menos, su posibilidad). En un universo plenamente cósmico, sin la amenaza del caos, en un universo en el que lo moral y lo ético coincidieran, lo humano estaría ausente, porque, para decirlo con Blaise Pascal, el ser humano no es ni ángel ni bestia, y la desgracia quiere que el que hace de ángel haga de bestia...

HEMOS HABLADO DE:

- Educación moral. (Ética).
- Filosofía de la educación.

Joan-Carles Mèlich

Universidad Autónoma de Barcelona

joanCarles.Melich@uab.es